

Megan Maxwell

Una Navidad
muy fun, fun, fun



*Una Navidad muy
fun, fun, fun*

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2024
ISBN: 978-84-08-29439-9
Depósito legal: B. 15.824-2024
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Capítulo 1

Deacon

Nueva York, 12 de diciembre de 2023

Cuando salgo del estudio donde acabo de grabar unas *covers*, veo que en la calle hay un montón de fotógrafos y periodistas. ¡Siempre es lo mismo!

Mientras ignoro las preguntas impertinentes de algunos de ellos, firmo folios, fotos, CD y camisetas a los fans que esperan, y lo hago sonriente a pesar de que me aguardan en un plató de televisión para una entrevista. Hace frío. Mucho frío. Pero ellos, mi público, mi gente, están aquí, y es lo mínimo que se merecen, a pesar del agobio que me genera la prensa.

—Deacon... Deacon..., por favor, una foto con mi hijo.

Observo a la mujer que me tiende al bebé. Los niños y yo como que no... No son lo mío. Así pues, sin perder la sonrisa ni tocarlo, miro al diminuto ser con chupete y cogiéndole el teléfono móvil de la mano a su madre indico:

—Hagámonos la foto los tres.

Al moverme noto que piso algo en el suelo. Miro hacia abajo y veo que es un excremento de perro. ¡Mierda!, y nunca mejor dicho. Pero, con lo supersticioso que soy, no me quejo. Pisarlo de forma accidental da suerte. Y eso en mi trabajo nunca está de más.

Tras un rato de firmas y fotos con mi público, cuando los periodistas se ponen excesivamente pesados con las preguntas me despedido de todo el mundo. Camino con celeridad hacia el coche con cristales tintados que me está esperando, y al entrar oigo a Frankie, mi mejor amigo y representante, que dice hablando al teléfono:

—Sí, cariño. No te preocupes. Todo irá bien, como siempre. ¿Por qué te martirizas tanto?

En silencio, lo oigo hablar con Susan mientras el coche se pone en marcha, y sonrío. Susan y Frankie son mi familia. A él lo conocí cuando éramos unos críos, un día, jugando al baloncesto en el barrio. Y a partir de ahí surgió entre nosotros una amistad que, por suerte para mí, ha perdurado en el tiempo.

A los dieciséis años Frankie y yo decidimos montar nuestra propia banda de rock, a la que llamamos ConKie, el final de nuestros respectivos nombres. Nos encantaba la música y ambos tocábamos la guitarra, y yo, además, cantaba.

Con diecisiete años, apoyados por mi madre, comenzamos a movernos por los pequeños locales de Nueva York, donde dábamos conciertos para diez o veinte personas, y en uno de ellos conocimos a Susan. El amor entre Frankie y ella surgió de inmediato. Según ellos, fue un auténtico flechazo. Según yo, eso son tonterías. Los flechazos no existen. Y, bueno, mientras ellos viven su eterna luna de miel, por mi vida han ido pasando distintas mujeres, hasta que conocí a Emma.

A los veinte años, un día me llamaron de una discográfica para hacerme una prueba. Buscaban un cantante para una banda de rock, y aunque en un principio me negué, pues éramos dos, al final, animado por Frankie, fui a hacer la prueba. Les gusté y firmé un contrato de cinco años con ellos.

En esos cinco años, en los que lideré la banda llamada The Bats, «Los Murciélagos», mi mundo cambió en todos los sentidos. Pasé de poder caminar por la calle con tranquilidad a apenas poder salir de casa a no ser que fuera camuflado. Me hice tremendamente popular.

Frankie, por su parte, prosiguió su historia de amor con Susan, decidió aparcarse la guitarra y estudiar Derecho, carrera en la que terminó graduándose.

Pasados esos cinco años, y con una experiencia enorme a mis espaldas, tanto de cosas buenas como regulares y malas, decidí no renovar con la discográfica y lanzarme en solitario. Quería hacer música. Mi música. La música de Deacon Black. Y, aunque me amenazaron con que eso nunca funcionaría, se equivocaron. El chico de un barrio humilde de Nueva York les hizo ver su error.

En un principio intenté que Frankie se uniera al nuevo proyecto. Y aunque Susan me ayudó, fue imposible. Él ya solo deseaba tocar la guitarra como aficionado, no le apetecía subirse a un escenario ni sufrir el acoso mediático al que yo estaba sometido, por lo que finalmente le ofrecí que fuera mi *manager* y *tour manager*.

¿Quién mejor que él para hacerlo?

Frankie aceptó el reto. Y, meses después, al salir mi nuevo trabajo en solitario al mercado, la respuesta de mi público fue inmensa. La mejor.

—Deacon... Deacon...

Al oír mi nombre dejo de mirar las luces de Navidad y miro a Frankie, que me pregunta:

—¿No hueles raro?

Divertido, levanto el pie con el que he pisado el excremento y él, con mofa, murmura:

—¡Viva la buena suerte!

Ambos reímos y entonces añade:

—Susan dice que ha comprado varias botellas de ese vino español que tanto te gusta para Navidad.

Oír eso me hace sonreír, y, guiñándole el ojo, indico:

—Este año las pasaré con Emma, en un precioso hotel en Maldivas.

—A Susan no le va a gustar oír eso —replica.

Ambos sonreímos, y Frankie vuelve a su conversación telefónica mientras yo miro de nuevo la decoración navideña de colores verdes, rojos y dorados que hay en las calles de Nueva York. Ver a la gente feliz me hace sonreír, aunque a mí la Navidad no es algo que me apasione.

Pienso en Emma, la mujer con la que llevo los últimos diez años de mi vida, y, aunque la quiero, sé que no estoy enamorado. Ella es modelo, yo cantante, y ambos somos reconocidos y populares. Nuestra relación ha sido intermitente más por ella que por mí, a pesar de que en los titulares el malo siempre soy yo. ¿Por qué? Pues porque ella es la modelo y la hija de una reconocidísima y querida familia de diseñadores y yo, el roquero con tatuajes que se ha criado en la calle.

En muchas de mis canciones hablo de amor, aunque no creo ni

en él ni en los flechazos, pero en cambio sí creo en las conexiones. Siempre he pensado que el amor es ese sentimiento irracional y recíproco entre dos personas que alegra la vida, llena de energía y pocos lo viven. Y no, no es lo que yo tengo con Emma, aunque llevemos tantos años juntos.

A diferencia de Frankie, Susan o Emma, pasé mis primeros años de vida en un orfanato. Por duro que resulte saberlo, me abandonaron siendo un bebé de apenas dos meses en Central Park. Un hombre que paseaba a su perro me encontró a los pies de un árbol, envuelto en una manta, y llamó a la policía. Ese dato me atormentó durante años y me hizo ser algo rebelde.

¿Por qué me abandonaron?

¿Por qué no me quisieron?

Acaricio el anillo que llevo colgado en la cadena de plata que rodea mi cuello. Es mi amuleto: el anillo de mi madre.

Hoy en día no sé quién es mi familia biológica, y, la verdad, no me interesa. De niño pasé por distintos hogares de acogida en los que no encajé, o por mi rebeldía o porque los hijos de esas familias no me querían allí, hasta que con diez años llegué al hogar de Ángela Black. Desde un principio me entendió, no me agobió, no me asfixió. Supo ganarse mi cariño, mi confianza y mi respeto, hablando muchísimo conmigo e implicándose en cosas que a mí me interesaban, como por ejemplo la música.

Mamá me regaló su preciosa guitarra el día que me adoptó a los doce años. Le encantaba que la llamara «mamá». Sus ojos se humedecían cada vez que lo hacía, y me demostraba lo orgullosa que se sentía de mí. El día que me adoptó y legalmente pasé a llamarme Deacon Black fue un día muy especial para nosotros. El mejor de mi vida, porque ella, con su amor, me hizo sentir que tenía una familia y que alguien me necesitaba y me quería.

Los casi veinte años que pasamos juntos fue mi madre. Mi amor. Mi mundo. Mi gran conexión. Una madre maravillosa que no solo me quiso, sino que además me protegió, me dio un hogar y me crio trabajando demasiadas horas cosiendo para poder salir adelante.

Nunca olvidaré su rostro de satisfacción el día que la llevé a uno de los multitudinarios conciertos en el campo de los Yankees. Para

ella, saber que toda esa gente que llenaba el estadio había ido a verme a mí, a su hijo, Deacon Black, la llenó de orgullo y felicidad. Consciente de ello la cuidé, la quise y la protegí todo lo que pude hasta que murió de cáncer.

Mamá siempre me enseñó que nacemos para vivir y morir, y me hizo prometer en su lecho de muerte que sería feliz, que no volvería a ser el chico difícil y rebelde que un día fui, y que sobre todo respetaría y cuidaría a quienes me respetaran y me cuidaran. Su pérdida fue lo peor que me ha pasado nunca. No hay día que no piense en ella, y estoy seguro de que así será para el resto de mi vida.

Estoy mirando el tatuaje que llevo en el brazo con el nombre de mi madre y de la guitarra que me regaló, cuando oigo:

—Cada año igual... —Frankie guarda su teléfono—. Llega la Navidad y Susan se pone de los nervios con el tema de su familia y mi familia, cuando sabe de sobra que los puñales volarán, pero nadie saldrá herido...

Asiento. Eso lo sé hasta yo, y, viendo su gesto, pregunto:

—¿Cómo está hoy Susan?

Frankie me mira. Sabe el porqué de mi pregunta.

—Bien, a pesar de estar triste —cuchichea—. Anoche quería tirar la toalla en cuanto a la adopción, pero la convencí para continuar, aunque entiendo que emocionalmente esté agotada. Se ilusiona mucho para luego nada.

Con cariño, pongo la mano sobre la pierna de mi amigo. Susan y él llevan años queriendo tener hijos, pero, tras cuatro abortos y dos adopciones fallidas, siento que sus fuerzas comienzan a flaquear.

—Ella no es de tirar la toalla, ni tú tampoco —digo.

—Y por eso no la vamos a tirar. Lo bueno se persigue, y sé que llegará —afirma sonriendo.

Nos miramos con complicidad, sé que es un asunto delicado para ellos. Luego mi amigo cambia de tema y musita:

—La entrevista a la que vamos es grabada. Se emitirá mañana.

—¡Perfecto!

A continuación, Frankie abre su iPad.

—Buenas noticias —dice—. Tu última canción sigue batiendo récords.

—¡Estupendo!

—Por cierto, me han propuesto unas fechas para...

—¡No!

Él sonríe, sabía cuál iba a ser mi respuesta antes de oírla, e indica:

—Dentro de seis días tocas en Nueva Jersey, y el 20 diciembre en Filadelfia, donde terminamos la gira americana. Pero me proponen el 23 y el 26 de diciembre en el Radio City Music Hall de Nueva York, y el 29 de diciembre y el 2 de enero, en el Ed Mirvish Theatre de Canadá. Al parecer, el artista que tenían contratado se les ha caído, buscan con urgencia a alguien y pagan muy bien.

Afirmo con la cabeza al oírlo; esos teatros son maravillosos, sitios emblemáticos. Pero justo después niego con la cabeza e indico, volviendo a acariciar el anillo de mi madre:

—Prefiero escaparme a ese hotel de Maldivas con Emma.

—Lo imaginaba —asegura Frankie—. Aun así, mi obligación era decírtelo y que tú decidieras.

Con una mirada nos entendemos. El respeto entre nosotros es fundamental.

—Comenzamos a cerrar fechas para la gira europea —dice él entonces—. Empezarás el 16 de abril de 2024 en Ámsterdam. De ahí saltamos a Dinamarca, Alemania y, bueno, he de decirte que dentro de unos días cerraré otras ciudades. ¿Qué te parece?

—Bien. Pero en septiembre quiero haberla acabado para poder hacer lo que tú ya sabes.

Frankie resopla, sé lo que piensa.

—¿Qué hacemos con la gira asiática? —pregunta.

—La dejamos para 2025.

Mi amigo sonríe. Yo también. Y luego él, sacándose una cajita azul del bolsillo, dice:

—Fui a recogerlo como me pediste.

Según veo la cajita, sonrío. Tiffany es la joyería preferida de Emma.

Abro la preciosa cajita de tono azul nomeolvides y miro los pendientes, y oigo a Frankie decir:

—Dime que no es lo que creo.

Rápidamente se lo enseño y él, al ver los pendientes, toma aire y murmura:

—¡Gracias a Dios!

Oír eso me hace sonreír y, mirando a mi hermano, pregunto:

—¿En serio creías que le iba a pedir matrimonio?

—Con semejante tiparraca a tu lado, me puedo creer cualquier cosa...

—Frankie...

—¡Joder, Deacon! Sé que no te gusta oírlo, pero sigo pensando que Emma no es la indicada para ti y los imbéciles de sus padres, tampoco. Y también sé que ahí fuera hay una mujer encantadora a la que aún no has conocido y que puede hacerte muy feliz.

—Frankie, yo no soy un romántico como tú.

—¡Lo eres! Solo que Emma no es la indicada, pero ¡lo eres!

—¡Frankie!

—Vamos a ver, Deacon, creo que...

—Hermano, que tú te enamoraras de Susan en cinco segundos no quiere decir que todos tengamos que experimentar eso. Además, ya sabes que no creo en el amor ni en los flechazos. Creo en las conexiones... Pero ¿qué tontería es esa de conocer a alguien y no poder vivir sin esa persona?

Frankie resopla. La de veces que habremos tenido esta absurda conversación.

—Los pendientes de Tiffany ya me parecen mucho para ella —insiste—. No se los merece.

Niego con la cabeza.

—Lo sé, y tienes razón —reconozco—. Pero, como decía mamá, la Navidad es una bonita época para que pasen cosas increíbles y mágicas.

—No me jodas, Deacon, si a ti no te gusta la Navidad.

—Es cierto...

—A mamá Ángela no le gustaba esa bicha, y lo sabes muy bien.

—Deja de ser tan cenizo, Frankie —lo corto.

—¡Estamos hablando de Emma!

—Lo sé...

Nos quedamos en silencio; luego miro al chófer que conduce el coche y, dejándome llevar por un impulso, digo:

—Charles, llévame a la Sexta Avenida, esquina con la Treinta y Cuatro.

Frankie me mira entonces, parpadea y susurra:

—No me jodas...

—Frankie...

—Tenemos que ir a grabar la entrevista.

—Serán solo cinco minutos.

—Deacon...

—¡Lo prometo!

—Cinco minutos o juro que subo y te bajo a rastras —me amenaza.

—¡Que sí, pesadoooooooo! —me mofo mientras choco mis nudillos con los suyos.

Una vez que llegamos a la Sexta Avenida, antes de bajarme del vehículo me pongo un gorro de lana y unas gafas que ocultan gran parte de mi rostro. Así pocos me reconocen. Por suerte, los fotógrafos que están apostados en las inmediaciones no reparan en mí y bajo del vehículo con rapidez. Sin embargo, justo antes de entrar en el portal, un gato negro callejero se cruza conmigo. ¡Joder!

Lo miro. Va empapado y, por cómo corre, parece asustado. El hecho de que sea de color negro me hace resoplar. Dan mala suerte. Pero, sin querer darle más importancia, entro en el portal.

Al verme, Rubén, el portero, me saluda con una sonrisa que yo le devuelvo y, metiéndome en el ascensor, le doy al piso seis, aunque, antes de que se cierre la puerta, una señora entra con un pequeño perro.

Con una sonrisa, saludo a la mujer mientras el perro comienza a ladrar y lanza pequeños mordisquitos en dirección a mis botas. Instintivamente, me echo hacia atrás. ¡Maldito perro!

Al igual que me sucede con los niños, los perros o los gatos no son santo de mi devoción. Y entonces oigo que la mujer dice cogiéndolo en brazos:

—*Dinki*, no seas maleducado.

Asiento, sonrío y no digo nada, y por suerte la señora y su insoportable perro se bajan en el segundo piso.

Una vez solo, el ascensor prosigue su subida y, cuando se detiene y me bajo de él, saco la llave del apartamento de Emma y abro la puerta.

Suena música relajante de fondo y, al entrar en el salón, mis

ojos van al retrato que tiene colgado sobre la bonita chimenea, en donde están ella y sus padres, «las víboras» para mí. No les gusto. Siempre me lo han dejado claro. Soy poco para Emma. Pero yo estoy con su hija, no con ellos, por eso prosigo con la relación.

Al ver que no está en el salón, voy hacia su dormitorio. La cama está deshecha y oigo movimientos en el baño. Con cuidado de no hacer ruido, voy hacia allí y sonrío al verla metida en la bañera con espuma, la cabeza apoyada y los ojos cerrados.

—Menudo baño relajante que te estás regalando.

Al oír mi voz, ella da un salto en la bañera y, mirándome, pregunta:

—*Amore...*, ¿cuándo has llegado?

Sonriendo, voy a contestar cuando veo que de pronto emerge del agua una cabeza con espuma sobre ella. Es Thimoteo Vanderhall, uno de los pretendientes que le buscan sus padres.

—Pero ¿qué...? —murmuro enfadado.

Emma se levanta apurada. Thimoteo también. Y yo, como un imbécil, me quedo de pie frente a ellos, que están desnudos. ¿En serio otra vez vuelve a pasar esto? Joder, ¡que ya van dos veces con el mismo!

Durante unos segundos reina el silencio. Por mi mente pasa el jodido gato negro que he visto antes de entrar en el edificio, y pregunto con sorna:

—Esto no es lo que parece, ¿verdad?

El gesto de Emma es todo un poema; veo que el tal Thimoteo va a salir de la bañera e indico con cierta acidez:

—No, tranquilo. Aquí el que sobra soy yo.

Y, sin más, doy media vuelta, dejo el juego de llaves sobre la encimera de mármol del baño y me encamino hacia la salida. Sin embargo, antes de que pueda llegar a la puerta, Emma me alcanza desnuda y empapada. Me coge la mano y, cuando la miro, susurra:

—*Amore...*, déjame que te lo explique.

Parpadeo sin dar crédito. ¿Cómo se puede explicar eso? ¿Cómo explicar que nuevamente me está engañando con alguien con quien ya me ha engañado antes? Y, seguro de lo que voy a decir, y sin saber por qué, saco del bolsillo de mi abrigo la cajita de color azul nomeolvides de Tiffany y digo enseñándosela:

—Venía a traerte un regalo.

Emma mira la cajita y rápidamente pregunta:

—¿Es lo que creo?

No respondo, no se lo merece.

—Deacon, sí..., sí..., sí —susurra.

Niego con la cabeza. No. No. No. Nunca he pensado en casarme con ella, y estaría loco si lo pensara.

Observo ese rostro tan bonito, que siempre me ha encandilado. El rostro de la modelo más bella del planeta, según las revistas, pero de la más mentirosa según yo. Y, seguro de mis palabras, declaro:

—Pensé que esta vez sería diferente. Que esta vez me respetarías, pero me equivoqué. Te he perdonado muchas cosas. Quizá demasiadas..., como se las he perdonado a las víboras de tus padres. Sin embargo, como te dije hace menos de un mes, o me respetabas o esto se acababa. Y, visto lo visto, desde este instante lo nuestro se ha acabado.

—Pero, *amore...*

—¡Maldita sea! —me quejo molesto—. ¡Con Thimoteo Vanderhall otra vez!

Desde pequeño, cuando digo «¡maldita sea!» en ese tono es porque estoy muy pero que muy enfadado, y, mirándola, añado:

—La fidelidad y tú jamás os llevaréis bien. ¿Sabes, Emma? Al contrario de lo que dice el color de esta cajita azul que tanto deseabas que yo comprara para ti, yo te digo: ¡olvídame! Y esta vez para siempre.

—¡No digas eso!

—Oh, sí lo digo —afirmo enojado—. Esto se acabó para siempre. Así que haz el favor de no buscarme y desaparecer de mi vida.

—¡Sabes que eso es imposible!

—Emma...

—Te quiero a mi manera.

—¡Tu manera de querer no me vale!

—Pero, *amore...*, ¿no crees que ser una pareja abierta es lo mejor para ambos? Mis padres lo son, y fíjate lo bien que les va.

Oírla decir eso me enferma. Nunca he querido tener una pareja abierta. Y menos parecerme a sus padres. Ese concepto de pareja, aunque lo comprendo para quien lo acepte, no lo quiero para mí.

—Emma, ¡basta ya! —le pido.

—*Amore...*

Enfadado, me suelto de su mano y a grandes zancadas salgo de la casa y del edificio. Esta vez los fotógrafos sí me ven y los clic-clic-clic de sus cámaras comienzan a sonar. Cuando me meto en el vehículo donde me espera Frankie, pongo la cajita azul en sus manos y, antes de que hable, digo:

—Devuélvelos y cómprale algo a Susan.

Me mira desconcertado y pregunta:

—Pero ¿qué ha pasado?

—¡Lo de siempre! —gruño furioso—. ¡Maldita sea!

Frankie asiente y calla; sabe lo furioso que estoy.

Mi amigo me da un abrazo. Sé que diría muchas cosas de Emma, pero no abre la boca. Él, mejor que nadie, sabe cuánto he luchado por esta relación, y yo, agradecido por su silencio, cuando nos separamos, al ver que el vehículo se pone en marcha, digo:

—Acepta las actuaciones de Nueva York y Canadá.

—Pero, Deacon, son en Navidad y...

—¡Acéptalas! Y organiza la gira asiática también para 2024, como la europea. Quiero tener todo el año ocupado. No quiero estar en Nueva York.

Mi amigo me mira. Yo tomo aire, y al quitarme con rabia el gorro de lana veo de nuevo al gato negro agazapado bajo un coche.

—Y ahora, el espectáculo debe continuar —afirmo—. Vayamos a hacer esa entrevista.